

Adolescencia en España a principios del siglo XXI

ALFREDO OLIVA*

Universidad de Sevilla



Resumen

En este artículo hemos pretendido analizar los cambios sociales que está experimentando la sociedad española y su posible repercusión sobre el desarrollo de los chicos y chicas que realizan su tránsito a la adultez en los albores del siglo XXI. Así, hemos considerado los efectos de la globalización, los movimientos migratorios, la mayor presencia de los medios de comunicación, las nuevas tecnologías, el descenso el índice de natalidad o los cambios en la estructura de la familia. Esta transformación social va a presentar nuevos retos a adolescentes y jóvenes que pueden hacer más compleja la transición a la adultez y hacer aparecer nuevos problemas, por lo que creemos necesaria la adopción de políticas imaginativas y globales encaminadas a su prevención.

Palabras clave: Adolescencia, cambio social, jóvenes.

Adolescence in Spain at the beginning of the 21st century

Abstract

In this paper, we wished to analyse the social changes that are taking place in Spanish society and the possible repercussions on children's development as they go through the transition to adulthood at the dawn of the 21st Century. We consider the effects of globalisation, migratory movements, the increased presence of the media, new technologies, the drop in the birth rate and changing family structures. This social transformation presents young people and adolescents with new challenges, which could make the transition to adulthood yet more complex and create new problems. That is why we believe in the need for imaginative and all-encompassing policies to counteract these new forces.

Keywords: Adolescence, social change, youth.

La adolescencia como una difícil etapa en el desarrollo

Uno de los principales debates teóricos en el campo de la psicología evolutiva es el referido a la consideración de la adolescencia, bien como un periodo de frecuentes conflictos familiares y de intensos problemas emocionales y conductuales, bien como una transición evolutiva tranquila y sin especiales dificultades. Los planteamientos iniciales de autores como Stanley Hall o Anna Freud se situaron en la visión catastrofista del *storm and stress* (tormenta y drama). Sin embargo, autores más recientes y con acercamientos más empíricos, como Coleman (1980), presentaron una visión más favorable de la adolescencia. No obstante, en las últimas dos décadas ha venido acumulándose una cantidad importante de datos que también han cuestionado esa imagen optimista de la adolescencia. Como ha planteado Arnett (1999), la concepción de *storm and stress* precisa ser reformulada a partir de los conocimientos actuales, ya que aunque no pueda mantenerse la imagen de dificultades generalizadas, sí hay suficiente evidencia acerca de una importante incidencia de problemas relacionados con tres áreas: los conflictos con los padres (Laursen, Coy y Collins, 1998) la inestabilidad emocional (Buchanan, Eccles y Becker, 1992), y las conductas de riesgo (Arnett, 1992).

Las razones de estas dificultades tienen mucho que ver con el carácter transicional de esta etapa, con los cambios físicos y psíquicos que conlleva y con los nuevos roles que se deben asumir. No es infrecuente que en algunos casos el estrés generado por estos cambios lleve al surgimiento de problemas de conducta o trastornos emocionales. A pesar de la mayor vistosidad de los primeros, las mayores amenazas para la salud de los adolescentes parecen estar más en el plano emocional que en el físico, ya que los trastornos depresivos, que suelen comenzar en la adolescencia, van a convertirse en las próximas décadas en la segunda enfermedad con mayor impacto y carga social en los países desarrollados (WHO, 1998; Call et al, 2002).

Hoy día, los modelos contextuales o ecológicos (Bronfrennbrenner, 1979; Lerner, 1991) representan un importante marco teórico de cara a explicar el desarrollo y sus problemas. Según este enfoque, los factores macrosistémicos –sociales, culturales y económicos– pueden tener una influencia directa sobre lo que ocurre en los contextos inmediatos o microsistémicos de niños y adolescentes, por lo que terminarán influyendo sobre su desarrollo y su ajuste psicológico. Por lo tanto, creemos que es un modelo que puede resultar muy útil para analizar el impacto sobre la adolescencia del contexto socio-histórico actual. Vivimos en un mundo caracterizado por la globalización, los movimientos migratorios, los cambios sociales y demográficos, y el uso de nuevas tecnologías, y resulta bastante improbable que nuestros jóvenes y adolescentes no vean afectadas sus trayectorias vitales por estas transformaciones. En este trabajo hemos pretendido mirar hacia el presente y hacia el futuro inmediato, y basándonos en la cada vez mayor cantidad de datos de que disponemos sobre el desarrollo adolescente, y en los cambios sociales, económicos, tecnológicos y demográficos que están teniendo lugar, anticipar un diagnóstico sobre los problemas que están afrontando los chicos y chicas españoles en este comienzo de siglo. Una pregunta esencial que tendremos que hacernos es si estos cambios van a facilitar el paso por la adolescencia, o si, por el contrario, generarán nuevos retos y dificultades que harán más probable la aparición de problemas. Sin duda, hacer predicciones de este tipo resulta altamente arriesgado por la alta imprevisibilidad de los sistemas sociales, no obstante, nos arriesgaremos a hacer algo de “futurismo” (Boulding y Boulding, 1995; Larson, 2002) y trataremos de prever la influencia que estas tendencias sociales tendrán sobre el desarrollo adolescente. Igualmente haremos algunas sugerencias acerca de intervenciones que pueden servir para promover una

mayor integración social y una mejor transición hacia la adultez de nuestros jóvenes.

Ampliando las fronteras de la adolescencia

A lo largo de las últimas décadas se ha venido produciendo un adelanto gradual en la edad de inicio de la pubertad, de tal forma que algunos de los primeros cambios físicos comienzan a edades tan tempranas como los 8 años. Las mejores condiciones de vida, pero también la influencia de ciertos agentes contaminantes sobre el sistema endocrino pueden tener la responsabilidad de este adelanto. Diversos estudios han encontrado relación entre la pubertad muy precoz y el uso de pesticidas en la agricultura intensiva y de hormonas en la alimentación y engorde del ganado (Herman-Giddens et al, 1997; Herman-Giddens, Wang y Koch, 2001).

Este inicio más precoz de los cambios puberales tiene su influencia sobre aspectos emocionales y comportamentales. Por una parte, vamos a encontrarnos con niños y niñas que aún muestran una gran inmadurez psicológica pese a haber alcanzado una avanzada maduración física, circunstancia que diversos estudios han considerado como un importante factor de riesgo para su ajuste psicológico y conductual, especialmente en el caso de las chicas (Flannery, Rowe y Gulley, 1993; Graber, Lewinsohn, Seely y Brooks-Gunn, 1997). Por otro lado, muchos comportamientos que hasta hace poco eran propios de jóvenes y adolescentes están empezando a ser frecuentes en la niñez tardía: inicio de relaciones de pareja, conductas consumistas, uso de nuevas tecnologías, etcétera (Coleman, 2000). No obstante, además de los factores fisiológicos relacionados con la pubertad, en la anticipación de estos comportamientos propios de la adolescencia a los últimos años de la niñez pueden estar implicados factores sociales como la influencia de las series y programas televisivos. Las relaciones familiares pueden verse afectadas por este cambio en el calendario con que tienen lugar una serie de comportamientos, ya que la mayoría de padres de adolescentes va a considerar demasiado precoz la edad con la que sus hijos e hijas pretenden iniciarse en actividades como salir en pareja, mantener relaciones sexuales, permanecer en la calle hasta altas horas de la noche, o beber alcohol. Como han encontrado algunos estudios (Casco, 2003; Dekovic, Noom y Meeus, 1997) los adolescentes suelen mostrar expectativas más precoces que sus padres, lo que contribuirá a aumentar la conflictividad parento-filial.

Pero no sólo se ha adelantado de forma sensible la edad de inicio de la pubertad, además nos encontramos con un retraso en la edad a la que los adultos jóvenes comienzan a trabajar y se independizan de sus padres. Aunque en países de nuestro entorno la situación es similar, España ocupa junto a Italia una de las últimas posiciones en cuanto a la independencia con respecto a la familia de origen y al inicio de la actividad profesional (Coleman y Schofield, 2001). La edad media para el matrimonio es de 30,1 años para los hombres y de 28,1 para las mujeres, mientras el primer hijo se tiene con 30,7 años, lo que ha supuesto un retraso de 2 años en el último cuarto de siglo (INE, 2002). Las dificultades para encontrar empleo, la carestía de la vivienda y las buenas relaciones con unos padres que distan mucho de mostrar el estilo autoritario de generaciones precedentes podrían justificar esta larga estancia. El periodo comprendido entre los 18 y los 25 años, que tradicionalmente suponía la adquisición de responsabilidades y roles que marcaban el inicio de la adultez, se ha transformado en una etapa de prolongación de la adolescencia que Arnett (2000) ha denominado *adultez emergente*. Alejados de las responsabilidades propias de la adultez, estos jóvenes muestran un estilo de vida con bastantes similitudes al de los adolescentes, como son

las conductas de búsqueda y exploración o la asunción de riesgos. Aunque este estilo de vida supone una oportunidad para alcanzar una mayor madurez psico-social, también puede representar un problema, en la medida en que siguen estando presentes algunas de las conductas de riesgo típicas de la adolescencia. Por otra parte, el hecho de que estos jóvenes no hayan alcanzado aún su independencia económica y prolonguen su estancia en el domicilio familiar va a suponer para sus padres una carga y un factor de estrés que puede añadirse a otros problemas propios de la mediana edad: enfermedades, padres incapacitados, etc. Sin olvidar lo difícil que puede resultar asumir un rol tan ambiguo como el de ser padre o madre de un "joven" de casi treinta años que continúa dependiendo económicamente de su familia.

Medios de comunicación y representación social de la adolescencia

Sin duda, los medios de comunicación han jugado un papel fundamental en la difusión de una imagen conflictiva de adolescentes y jóvenes, ya que las noticias que difunden suelen establecer una asociación estrecha entre adolescencia o juventud y crimen, violencia o consumo de drogas (Casco, 2003; Dorfman y Schiraldi, 2001; Males, 2000). Esta imagen estereotipada divulgada por los medios ha contribuido a crear actitudes de miedo y de rechazo hacia este grupo de edad. Es de esperar que este fenómeno no sólo se mantenga sino que tienda a aumentar por la mayor presencia de los medios de comunicación en nuestra sociedad. Resulta muy llamativo el contraste entre las representaciones sociales acerca de la infancia y la adolescencia: mientras que el niño o niña es considerado vulnerable, indefenso, inocente, víctima y necesitado de afecto y apoyo, el adolescente es visto como invulnerable, autosuficiente, conflictivo, culpable, transgresor y agresor. Investigaciones realizadas tanto en Norteamérica (Buchanan y Holmbeck, 1998; Holmbeck y Hill, 1988) como en nuestro país (Casco, 2003; Oliva y Casco, 2002) ponen de relieve la vigencia actual entre los profesionales y en la ciudadanía de las concepciones sobre la adolescencia cercanas a los planteamientos del *storm and stress*.

Esta imagen desfavorable puede generar un intenso prejuicio social hacia este colectivo que influya negativamente sobre las relaciones entre adultos y jóvenes, aumentando la conflictividad intergeneracional, especialmente en el contexto familiar y en el escolar. Además, puede constituir un marco de referencia para la interpretación de determinados problemas sociales y para la justificación de algunas decisiones a nivel político y legislativo. Por ejemplo, si los adolescentes son inestables y conflictivos por causas "naturales" el control estricto por parte de los adultos parece una respuesta inevitable. Igualmente, si los alumnos de educación secundaria presentan problemas de indisciplina, falta de motivación y escaso rendimiento escolar, el problema estaría en unos adolescentes conflictivos e incapacitados para asumir responsabilidades y realizar tareas escolares exigentes, y no en las limitaciones que pueda presentar la institución escolar para adaptarse a las cambiantes necesidades del alumno.

Medios de comunicación, nuevas tecnologías y socialización

También en la vida de los jóvenes la presencia de los *media* ha alcanzado unas cotas nunca antes conocidas. En España, el 99% de los hogares dispone de uno o más televisores —la media es de 1.71—, y jóvenes y adolescentes dedican cerca de 2 horas diarias a ver la televisión. Además, el 43% de jóvenes tiene en casa un ordenador, y el 24.7% acceso a Internet, acceso que es de esperar que se generalice en la próxima década, ya que en el contexto escolar cada vez se exige más su

uso (Martín y Velarde, 2001). En la actualidad, un 55.3% de chicos y chicas de 14 a 18 años utiliza internet para “chatear”, y un 57.5% para navegar. El uso de videojuegos también está muy generalizado, ya que un 58.5% de los adolescentes españoles los utilizan, un 26% casi a diario (Rodríguez, Megías, Calvo, Sánchez y Navarro, 2002). También las revistas para adolescentes han alcanzado una gran difusión, y escuchar música es una de las actividades más habituales entre los adolescentes (Elzo *et al.*, 1999). Ante esta creciente inmersión en los medios de comunicación y las nuevas tecnologías, ha aumentado la preocupación social por su influencia sobre el desarrollo adolescente, ya que suele considerarse que esta influencia es negativa. Así, a la televisión se le atribuye una responsabilidad directa en la promoción del consumo de tabaco y alcohol, la actividad sexual precoz, y los roles de género muy estereotipados. Películas y videojuegos compiten por el primer lugar como instigadores de las conductas violentas, mientras que la imagen ideal del cuerpo femenino difundida por las revistas para adolescentes tendría responsabilidad en muchos trastornos en la alimentación y problemas de autoestima. Tal vez convenga desdramatizar y ser más exigentes a la hora de considerar probables consecuencias negativas, ya que la evidencia empírica no siempre apoya esta idea, y algunos estudios han encontrado efectos positivos sobre el desarrollo adolescente derivados del uso de videojuegos (Phillips, Rolls, Rouse y Griffiths, 1995; Durkin y Barber, 2002), de la exposición a programas televisivos (Mares, 1996), o de la utilización de Internet (Conde, Torres-Lana y Ruiz, 2002; Hellenga, 2002). No obstante, lo que parece indudable es que han aumentando sustantivamente las influencias a las que están expuestos nuestros adolescentes, y ya no se limitan a los clásicos contextos de familia, escuela e iguales. Esta nueva situación supone más tarea para los padres, que no deben limitarse a controlar las amistades de sus hijos, sino que también deben supervisar programas de televisión, videojuegos, revistas, etc.

La rapidez de los cambios sociales

Los ya clásicos trabajos de las antropólogas Margaret Mead y Ruth Benedict pusieron de manifiesto que en sociedades tradicionales, las relaciones entre padres e hijos son menos tumultuosas que en la sociedad occidental. Estas culturas tradicionales se caracterizan porque niños y adolescentes viven desde pequeños insertos en actividades significativas que presentan una gran similitud con las que realizarán durante la adultez, mientras que en las sociedades escolarizadas permanecen un largo periodo segregados del mundo adulto y realizando actividades que tienen muy poco que ver con las propias de la adultez. Por otra parte, en las culturas tradicionales hay una importante continuidad entre el pasado, el presente y el futuro, como consecuencia de la lentitud con la que se producen los cambios en costumbres, estilos de vida o valores. Sin embargo, si hay algo que claramente caracteriza a nuestra sociedad es la rapidez vertiginosa con la que se producen los cambios. Todo resulta tan efímero que en un periodo de 30-40 años, que suele ser el que separa a una generación de otra, se producen importantes innovaciones que transforman el mundo. La época en que nuestra generación vivió su adolescencia tiene poco que ver con la actual, y muchas de las cosas por las que vivimos y luchamos no dicen nada a nuestros hijos, lo que puede suponer un aumento de la brecha generacional, con el consiguiente deterioro de la comunicación parento-filial. A ello hay que añadir la cada vez mayor globalización cultural, con la consiguiente alteración de los gustos y estilos de vida tradicionales. Si tenemos en cuenta que una de las tareas que debe afrontar el adolescente tiene que ver con la adquisición de una identidad personal, que hace referencia al compromiso con una serie de valores ideológicos, religiosos y vocacionales (Erik-

son, 1968), podemos adivinar que esta tarea no se verá facilitada por tanta mudanza, y puede llevar a muchos jóvenes a la incertidumbre, la alienación o la renuncia al compromiso personal. Contrariamente a lo que podría parecer a primera vista, esta no es una época fácil para hacerse adulto, al contrario, la sociedad occidental actual es mucho más complicada que cualquier cultura tradicional que ofrece un abanico de opciones muy reducido, y en la que se mantienen a lo largo de generaciones los mismos valores y los mismos estilos de vida. Por lo tanto, no debe sorprendernos una mayor problemática adolescente en relación con la adquisición de la identidad personal, que puede llevar a chicos y chicas a diversos trastornos emocionales y conductuales (Jones, 1992).

Cambios socio-demográficos

Menos jóvenes y más personas mayores

No todos los cambios juegan en contra de nuestros jóvenes: así la tendencia de crecimiento demográfico que se manifestó de forma llamativa a partir de los últimos años del franquismo y durante la transición, comenzó a invertirse en España en la década de los 80. En los últimos 10 años, el número de menores ha descendido en dos millones (INE, 2002). Teniendo en cuenta esta tendencia, resulta evidente que los jóvenes españoles que actualmente tienen en torno a 30 años formaron parte de una generación muy numerosa que pasó por la niñez y la adolescencia en unas condiciones poco favorables, ya que estuvieron escolarizados en aulas masificadas, tuvieron más dificultades para acceder a las carreras universitarias que deseaban y para encontrar trabajo e independizarse de sus padres. A principios del siglo XXI, el panorama es bien distinto, con una tendencia demográfica a la baja —España es junto a Italia el país con el menor índice de natalidad de la Unión Europea, que se sitúa en 1,2 (INE, 2002)— que va a suponer que en los próximos años los adolescentes españoles serán un bien cada vez más escaso que la sociedad deberá cuidar con esmero. Este bajo número podría suponer una mayor disponibilidad de recursos, y una menor competitividad para acceder a plazas universitarias o puestos de trabajo que llevaría a una transición a la adultez más cómoda y libre de problemas. No obstante, ello requeriría que se mantuviesen o incrementasen los presupuestos dirigidos a este segmento poblacional. La realidad, que ya se adivina, puede ser bien distinta, ya que parte importante de los recursos antes destinados a jóvenes pueden derivarse hacia las personas mayores, un colectivo cada vez más numeroso y con muchas necesidades. A diferencia de las personas mayores, los adolescentes no suelen votar, bien por ser menores de edad, bien por indiferencia hacia esta forma de participación política (Mateos y Moral, 2001), por lo que tal vez no generen tanta preocupación a nuestros gobernantes, que podrían ignorar el papel prioritario que los adolescentes actuales juegan en el futuro de nuestra sociedad.

Diversidad étnica y cultural

Junto a esta tendencia a la disminución del número de jóvenes, hay que señalar el aumento de la diversidad étnica que se está produciendo en España con la llegada de inmigrantes que ya representan un 3,8% de la población de nuestro país (INE, 2002). Hasta hace poco, España era un país de una gran homogeneidad étnica, cultural y religiosa; sin embargo, estas poblaciones de inmigrantes muestran un índice de natalidad muy elevado y están acercando a España a una situación de multiculturalidad que conocen bien países europeos como Francia, Holanda o Inglaterra. Sin duda, estamos ante un fenómeno que va a tener su repercusión sobre las experiencias que vivirán los adolescentes y jóvenes en el

futuro inmediato. Por un lado, podemos encontrarnos con una parte importante de adolescentes hijos de inmigrantes que vivan en situaciones de marginación, pobreza y exclusión social que faciliten el surgimiento de problemas emocionales y comportamentales. Es probable que al igual que está ocurriendo en EEUU y otros países europeos, la delincuencia juvenil termine estando protagonizada en gran parte por jóvenes procedentes de estas minorías marginadas. Este hecho puede llevar a que las políticas de justicia centradas en la rehabilitación, como la reciente Ley de Responsabilidad Penal del Menor, sean sustituidas por una filosofía que priorice la protección a la sociedad ante la amenaza que suponen los jóvenes delincuentes. También es de esperar una menor empatía ante las dificultades de los jóvenes, y un menor deseo de intentar la reeducación cuando un porcentaje importante de los delincuentes son jóvenes de otras razas o culturas. No obstante, hay que señalar que cada vez es mayor el número de datos que indican el fracaso de las medidas punitivas frente a las rehabilitadoras (Cullen y Wright, 2002). Por otro lado, nos encontraremos con la aparición de nuevos valores procedentes de estas minorías, que enriquecerán nuestro acervo cultural, pero que pueden hacer más difícil la consecución de la identidad personal, generando situaciones de identidades hipotecadas o en difusión, especialmente entre aquellos chicos y chicas que tengan que compatibilizar los valores propios de su cultura de origen con los del país de adopción. Por todo ello, creemos necesario que se destinen recursos encaminados a conseguir una mejor integración de estas minorías, con las políticas sociales, laborales y educativas necesarias. Nos gustaría destacar la importancia de incluir en los currícula escolares contenidos relacionados con la interculturalidad que sirvan para promover actitudes de aceptación y para desterrar los prejuicios y el rechazo injustificados.

Cambios en la familia

Muchos de los cambios sociales mencionados van a tener su repercusión en el contexto familiar, que no es ajeno a esta evolución social, y está experimentando su propia metamorfosis. Una tendencia observada en nuestro país y en la mayor parte de los países desarrollados es que las familias son cada vez menos numerosas, ya que en veinte años el tamaño medio de la familia española ha pasado de 3,81 en 1970 a 3,28 en 1991 (INE, 1998), lo que supone una menor disolución de los recursos que se destinan a cada hijo y una mayor dedicación y atención por parte de los progenitores. Además, cabe suponer que de forma paralela a nuestra sociedad, la familia española se ha hecho mucho más democrática e igualitaria, lo que ha podido tener una influencia muy positiva sobre la autoestima y satisfacción de los adolescentes. En este sentido, la mayoría de los estudios disponibles, que encuentran una relación positiva entre los estilos parentales democráticos y el ajuste psicológico y comportamental (Steinberg, 2001; Oliva, Parra y Sánchez, 2002; Steinberg y Silk, 2002). Sin embargo, también es cierto que en bastantes ocasiones los padres, más que democráticos se muestran excesivamente permisivos o incluso indiferentes, actitudes que cada vez son más frecuentes no sólo en los sectores más desfavorecidos, sino también entre aquellas familias de clase media-alta en las que padre y madre tienen profesiones que exigen mucho tiempo y dedicación. Estos estilos excesivamente indulgentes van a afectar negativamente el desarrollo y ajuste adolescente, haciendo más probables los problemas emocionales, los comportamientos antisociales y el consumo abusivo de drogas y alcohol (Fulgini y Eccles, 1993; Kurdek y Fine, 1994; Steinberg, 2001)

Por otra parte, están teniendo lugar importantes cambios en la estructura de la familia con el surgimiento de nuevos tipos de familia —monoparentales o reconstituidas— que pueden resultar más complicadas (Iglesias, 1998). Estas

nuevas situaciones familiares pueden suponer una mayor complicación a la hora de ejercer los roles parentales, y en algunas ocasiones surgirán conflictos importantes durante la adolescencia. Por ejemplo, la reconstitución familiar, cuando tiene lugar en el momento en el que el chico o chica están atravesando el proceso de desvinculación emocional, puede resultar especialmente traumática, haciendo muy complicadas las relaciones entre el adolescente y la nueva pareja de su progenitor (Buchanan, Maccoby y Dombusch, 1996; Hetherington, Henderson, Reiss, Anderson y Bray, 1999). Con respecto a la ausencia de la figura paterna en un hogar monoparental, los datos son menos concluyentes, aunque algunos estudios encuentran que esta ausencia puede suponer un déficit en control y supervisión y una falta de modelos masculinos que contribuya al surgimiento de comportamientos antisociales (Amato y Keith, 1991; Dornbusch *et al.*, 1985).

Preparando un mejor futuro para los adolescentes

En las páginas anteriores hemos realizado un recorrido por muchos de los retos que están afrontando nuestros jóvenes y adolescentes como consecuencia de las transformaciones que está experimentando nuestra sociedad. Creemos que estos cambios sociales están haciendo de la adolescencia una etapa más complicada puesto que traen de la mano nuevos retos y riesgos, y van a demandar una exigente política social y educativa de atención a los adolescentes y a sus familias si queremos que realicen una transición saludable a la adultez. A continuación, apuntamos algunas sugerencias que pueden servir para apartar algunos riesgos y promover un mejor desarrollo en nuestros adolescentes.

Debería equilibrarse la atención prestada a la salud física y al bienestar emocional de los adolescentes, ya que un énfasis excesivo en los problemas físicos y conductuales lleva a ignorar dificultades que pueden resultar muy preocupantes desde el punto de vista de la salud mental. Por otra parte, estos trastornos emocionales van a estar relacionados con problemas de comportamiento tales como el consumo de drogas, la iniciación sexual precoz o las tentativas de suicidio (Haugaard, 2001).

La mayor parte de investigaciones e intervenciones sobre adolescentes están centradas en el estudio, la prevención o el tratamiento de problemas en el desarrollo y el comportamiento —delincuencia, consumo de drogas, problemas de alimentación, embarazo adolescente—, siendo muy escasos los que se ocupan del desarrollo positivo o saludable durante la adolescencia o juventud (Larson, 2000; Rich, 2003). Sin embargo, es importante resaltar la importancia que tiene el estudio de aquellas experiencias positivas que sirven para promover un desarrollo óptimo en adolescentes y adultos. Es conveniente considerar la adolescencia no como un problema que hay que abordar, sino como un recurso a desarrollar. Así, creemos que es preciso que, además de los programas dirigidos a prevenir los comportamientos de riesgo, se destinen recursos a promover en los adolescentes actitudes y habilidades como la iniciativa, la competencia cívica, el sentido crítico y la participación social. Algunos estudios han puesto de manifiesto la importancia de las actividades estructuradas voluntarias para el desarrollo de estas competencias (Dworkin, Larson y Hansen, 2003; Larson, 2000). El voluntariado tiene un enorme potencial formativo, y va a permitir que chicos y chicas participen, empiecen a asumir responsabilidades y se sientan parte de nuestra sociedad, por lo que deben contemplarse no sólo desde el punto de vista de la labor social desarrollada, sino también como un recurso fundamental para promover la competencia de los jóvenes (Youniss *et al.*, 2002).

En relación con lo anterior, conviene aclarar que cuando se piensa en la participación política de la juventud, la primera impresión que surge es la de apatía y

“pasotismo”. Esa idea puede parecer cierta si consideramos vías tradicionales de participación ciudadana como votar en las elecciones, sin embargo, si utilizamos unos criterios menos restrictivos el panorama resulta bien diferente. Pensemos, por ejemplo, en la implicación de los jóvenes en protestas ciudadanas, como en los recientes movimientos en contra de la L.O.U. o de la guerra en Irak, o ante la marea negra ocasionada en Galicia por el hundimiento del *Prestige*.

Los medios de comunicación son un elemento clave para mejorar la imagen y favorecer la integración social de adolescentes y jóvenes, ofreciendo una visión más positiva y menos sesgada hacia los comportamientos antisociales. Ello contribuiría a eliminar muchos de los prejuicios existentes hacia este colectivo y a mejorar las relaciones intergeneracionales. Igualmente, la limitación de la violencia y de los comportamientos de riesgo, y la inclusión de actitudes y conductas saludables en los programas televisivos para jóvenes han mostrado ser un método muy eficaz para la promoción de la salud (Call *et al.*, 2002). También se pueden promover valores cívicos como la tolerancia entre grupos étnicos, la colaboración intergeneracional o la supresión de actitudes y comportamientos sexistas.

Uno de los elementos claves de los modelos ecológicos y contextualistas es el importante papel que juegan los individuos en su propio desarrollo. En esta línea, hay que destacar que los adolescentes pueden desempeñar un papel muy activo en su desarrollo saludable, colaborando como mediadores sociales y agentes activos en la implementación de programas dirigidos a ellos mismos. Un claro ejemplo sería la utilización por parte de la Consejería de Salud de la Junta de Andalucía en su programa *Forma Joven* de jóvenes voluntarios como mediadores formados para intervenir en la prevención de problemas de consumo de drogas, de sexualidad, alimentación o seguridad vial (Consejería de Salud de la Junta de Andalucía, 2001).

Hay muchas razones que justifican que ser padre o madre de un adolescente sea más complicado que serlo de un niño o niña de menor edad: por su mayor capacidad cognitiva que le hace un adversario duro y difícil de convencer en las discusiones, por su mayor poder tanto físico como de influencia en las decisiones familiares, y porque el adolescente se encuentra en un proceso de desvinculación emocional que le lleva a mostrarse especialmente crítico con sus progenitores, haciendo más complicadas las relaciones familiares. Así, la mayoría de estudios indica un aumento en la conflictividad entre padres e hijos al inicio de la adolescencia (Laursen *et al.*, 1998; Parra y Oliva, 2002), y aunque suelen ser conflictos relacionados con asuntos cotidianos y no demasiado graves, su efecto acumulativo suele afectar el ajuste emocional de los padres. Resulta paradójico que en estas edades difíciles disminuyan los recursos destinados a la familia —programas de educación de padres, escuelas de padres o servicios de orientación y apoyo. Desde nuestro punto de vista esto es un error, ya que, si tenemos en cuenta las muchas necesidades que presentan los padres de adolescentes, parece necesario que dispongan de recursos que le permitan relacionarse con sus hijos de forma adecuada y les ayuden en su tarea educativa (Coleman y Roker, 2001). Esto podría contribuir a la reducción de muchos de los problemas de ajuste interno y externo característicos de este periodo evolutivo y facilitaría una transición más saludable al mundo adulto. No olvidemos que la familia continúa siendo un contexto fundamental de desarrollo, y en ella tienen su origen muchos de los comportamientos de riesgo propios de los adolescentes.

Como ya hemos tenido la ocasión de señalar, los cambios demográficos que han supuesto el aumento del sector poblacional de edad avanzada y la disminución del número de adolescentes pueden ser aprovechados por los poderes políti-

cos para recortar la asignación presupuestaria destinada a la juventud, y destinar esos fondos a satisfacer las muchas necesidades de los mayores. Sin embargo, no debe perderse de vista la importancia de optimizar el desarrollo adolescente, ya que la sociedad futura será compleja y abrirá nuevas posibilidades, pero va a plantear también nuevos retos que precisarán de una generación de adultos muy formados y preparados para afrontarlos con éxito. Sin duda, van a ser necesarias políticas de juventud imaginativas, que empleen recursos variados y se lleven a cabo en escenarios diferentes. El futuro de nuestra sociedad estará en manos de esas nuevas generaciones, y su fracaso será el fracaso de todos.

Notas

* Alfredo Oliva Delgado es profesor titular del Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de Sevilla. Sus investigaciones están centradas en el estudio del desarrollo adolescente, prestando especial atención a los cambios que se producen en las relaciones parento-filiales y al análisis de la familia como contexto de desarrollo. También lleva a cabo programas de apoyo a padres de adolescentes.

Referencias

- AMATO, P. R. & KEITH, B. (1991). Parental divorce and the well-being of children: A meta-analysis. *Psychological Bulletin*, 110, 26-46.
- ARNETT, J. (1992). Reckless behavior in adolescence: A developmental perspective. *Developmental Review*, 12, 339-373.
- ARNETT, J. (1999). Adolescent Storm and Stress, Reconsidered. *American Psychologist*, 54, 5, 317-326.
- ARNETT, J. (2000). Emerging adulthood: A theory of development from the late teens through the twenties. *American Psychologist*, 55, 469-480.
- BOULDING, E. & BOULDING, K. (1995). *The future: Images and processes*. Thousand Oaks, CA: Sage.
- BRONFENBRENNER, U. (1979). *The Ecology of human development*. Cambridge: Harvard University Press. (Trad. cast: *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona: Paidós Ibérica, 1987).
- BUCHANAN, C. M., ECCLES, J. S. & BECKER, J. B. (1992). Are adolescents the victims of raging hormones: Evidence for activation effects of hormones on moods and behavior at adolescence. *Psychological Bulletin*, 111, 62-107.
- BUCHANAN, C. M. & HOLMBECK, G. (1998). Measuring beliefs about adolescent personality and behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 27, 609-629.
- BUCHANAN, C. M., MACCOBY, E. E. & DORNBUSCH, S. M. (1996). *Adolescents after Divorce*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- CALL, K. T., RIEDEL, A., HEIN, K., MCLOYD, V., PETERSEN, A. & KIPKE, M. (2002). Adolescent Health and Well-being in the 21st Century: A Global Perspective. *Journal of Research on Adolescence*, 12, 69-98.
- CASCO, F. J. (2003). *Ideas y representaciones sociales de la adolescencia*. Universidad de Sevilla: Tesis no publicada.
- COLEMAN, J. (1980). *The nature of adolescence*. Londres: Methuen (Ed. cast: *Psicología de la Adolescencia*. Madrid: Morata, 1985).
- COLEMAN, J. (2000). Young people in Britain at the beginning of a new century. *Children and Society*, 14, 230-242.
- COLEMAN, J. & ROKER, D. (Eds) (2001). *Supporting Parents of Teenagers: A Handbook for Professionals*. Londres: Jessica Kingsley.
- COLEMAN, J. & SCHOFIELD, J. (2001). *Key data on adolescence* (3ª ed.). Brighton: Trust for the Study of Adolescence.
- CONDE, E., TORRES-LANA, E. & RUIZ, C. (2002). El nuevo escenario de Internet: las relaciones parasociales de adolescentes y jóvenes en la red. *Cultura y Educación*, 14, 133-146.
- CONSEJERÍA DE SALUD DE LA JUNTA DE ANDALUCÍA (2001). *Plan de atención a los problemas de salud de los jóvenes en Andalucía*. Sevilla: Consejería de Salud. Junta de Andalucía.
- CULLEN, F. T. & WRIGHT, J. P. (2002). Criminal justice in the lives of american adolescents: choosing the future. En J. T. Mortimer & R. Larson (Eds.), *The changing adolescent experience. Societal trends and the transition to adulthood* (pp. 8-28). Nueva York: Cambridge University Press.
- DEKOVIC, M., NOOM, M. J. & MEEUS, W. (1997). Expectations regarding development during adolescence: Parental and adolescent perceptions. *Journal of Youth and Adolescence*, 26, 253-272.
- DORFMAN, L. & SCHIRALDI, V. (2001). *Off balance: Youth, race & crime in the news*. Washington, DC: Building Blocks for Youth.
- DORNBUSCH, S. M., CARLSMITH, J. M., BUSHWALL, S. J., RITTER, P. L., LEIDERMAN, H., HASTORF, A. H. & GROSS, R. T. (1985). Single parents, extended households, and the control of adolescents. *Child Development*, 56, 326-341.
- DURKIN, K. & BARBER, B. (2002). Not so doomed: computer game play and positive adolescent development. *Applied Developmental Psychology*, 23, 373-392.
- DWORKIN, J. B., LARSON, R. & HANSEN, D. (2003). Adolescents' accounts of growth experiences in youth activities. *Journal of Youth and Adolescence*, 32, 17-26.
- ELZO, J., ORIZO, F.A., GONZALEZ-ALEO, J., GONZALEZ, P., LAESPADA, M.T. & SALAZAR, L. (1999). *Jóvenes españoles 99*. Madrid: Fundación Santa María.
- ERIKSON, E. H. (1968). *Identity: Youth and Crisis*. Nueva York: Norton.
- FLANNERY, D. J., ROWE, D. C. & GULLEY, B. L. (1993). Impact of pubertal status, timing, and age: Adolescent sexual experience and delinquency. *Journal of Adolescent Research*, 8, 21-40.
- FULIGNI, A. J. & ECCLES, J. S. (1993). Perceived parent-child relationships and early adolescents' orientation toward peers. *Developmental Psychology*, 29, 622-632.

- GRABER, J. A., LEWINSOHN, P. M., SEELEY, J. R. & BROOKS-GUNN, J. (1997). Is psychopathology associated with the timing of pubertal development? *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 36, 1768-1776.
- HAUGAARD, J. J. (2001). *Problematic behaviors during adolescence*. Nueva York: McGraw-Hill.
- HELLENGA, K. (2002). Social space, the final frontier: Adolescents on the Internet. En J. T. Mortimer & R. Larson (Eds.), *The changing adolescent experience. Societal trends and the transition to adulthood* (pp. 208-249). Nueva York: Cambridge University Press.
- HERMAN-GIDDENS, M. E., SLORA, E. J., WASSERMAN, R. C., BOURDONY, C. J., BHAPKAR, M. V., KOCH, G. G. & HASEMEIER, C. M. (1997). Secondary sexual characteristics and menses in young girls seen in office practice: A study from the pediatric research in office settings network. *Pediatrics*, 99, 505-512.
- HERMAN-GIDDENS, M. E., WANG, L. & KOCH, G. (2001). Secondary Sexual Characteristics in Boys. *Archives of Pediatric Adolescent Medicine*, 155, 100-22-1028.
- HETHERINGTON, E. M., HENDERSON, S. H., REISS, D., ANDERSON, E. R. & BRAY, J. H. (1999). Adolescent siblings in stepfamilies: family functioning and adolescent adjustment. *Monographs of the Society for Research in Child Development*: 64, no. 2, serial 257. Maldon, MA: Blackwell.
- HOLMBECK, G. & HILL, J. (1988). Storm and stress beliefs about adolescence: Prevalence, self-reported antecedents, and effects of an undergraduate course. *Journal of Youth and Adolescence*, 17, 285-306.
- IGLESIAS, J. (1998). La familia española en el contexto europeo. En M. J. Rodrigo & J. Palacios (Eds.), *Familia y desarrollo humano* (pp. 91-114). Madrid: Alianza.
- INE (1998). *España en cifras, 1998*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- INE (2002). *Avance del censo de población de 2001*. Madrid: Instituto Nacional de Estadística.
- JONES, R. M. (1992). Ego identity and adolescent problem behavior. En G. R. Adams, T. P. Gullotta & R. Montemayor (Eds.), *Adolescent identity formation* (pp. 216-230). Park, CA: Sage Publications.
- KURDEK, L. A. & FINE, M. A. (1994). Family warmth and family supervision as predictors of adjustment problems in young adolescents: Linear, curvilinear, or interactive effects? *Child Development*, 65, 1137-1146.
- LARSON, R. (2000). Toward a Psychology of positive youth development. *American Psychologist*, 55, 170-183.
- LARSON, R. (2002). Globalization, social change and new technologies: What they mean for the future of adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 12, 1-30.
- LAURSEN, B., COY, K. & COLLINS, W. A. (1998). Reconsidering changes in parent-child conflict across adolescence: A meta-analysis. *Child Development*, 69, 817-832.
- LERNER, R. M. (1991). Changing organism-context relations as the basic process of development: A developmental contextual perspective. *Developmental Psychology*, 27, 27-32.
- MALES, M. (2000). *Kids and guns: How politicians, experts, and media fabricate fear of youth*. Monroe, ME: Common Courage Press.
- MARES, M. L. (1996). *Positive effects of television on social behavior: A meta-analysis* (Annenberg Public Policy Center Report Series, No. 3). Philadelphia: Annenberg Public Policy Center.
- MARTIN, M. & VELARDE, O. (2001). *Informe Juventud en España*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- MATEOS, A. & MORAL, F. (2001). *El comportamiento electoral de los jóvenes españoles en elecciones generales*. Madrid: Instituto de la Juventud.
- OLIVA, A. & CASCO, F. J. (2002). Beliefs about adolescence: A study on parents', teachers', elder's and adolescents'. Poster presentado en el VIII Biennial Congress of the European Association for Research on Adolescence, celebrado en Oxford (UK) en septiembre de 2002.
- OLIVA, A., PARRA, A. & SÁNCHEZ, I. (2002). Relaciones con padres e iguales como predictoras del ajuste psicológico durante la adolescencia. *Apuntes de Psicología*, 20, 225-242.
- PARRA, A. & OLIVA, A. (2002). Comunicación y conflicto familiar durante la adolescencia. *Anales de psicología*, 18, 215-231.
- PHILLIPS, C. A., ROLLS, S., ROUSE, A. & GRIFFITHS, M. D. (1995). Home video game playing in schoolchildren: A study of incidence and patterns of play. *Journal of Adolescence*, 18, 687-691.
- RICH, G. J. (2003). The positive psychology of youth and adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 32, 1-3.
- RODRÍGUEZ, E., MEGÍAS, I., CALVO, A., SÁNCHEZ, E. & NAVARRO, J. (2002). *Jóvenes y videojuegos*. Madrid: FAD, INJUVE, 2002.
- STEINBERG, L. (2001). We know some things: Parent-adolescent relationships in retrospect and prospect. *Journal of Research on Adolescence*, 11, 1-19.
- STEINBERG, L. & SILK, J. (2002). Parenting adolescents. En M. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Volume 1. Children and parenting* (2 ed.) (pp. 102-133). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- WORLD HEALTH ORGANIZATION. (1998). *The world health report 1998: Life in the 21st century*. Ginebra: Author.
- YOUNISS, J., BALES, S., CHISTMAS-BEST, V., DIVERSI, M., MCLAUGHLIN, M. & SILBERSEIN, R. (2002). Youth civic engagement in the twenty-first century. *Journal of Research on Adolescence*, 12, 121-148.